



y á quien Tácito habia confiado el mando de las provincias orientales. Floriano, hermano de Tácito, fué tambien proclamado por otro ejército y marchó contra Probo; pero fué muerto por sus propios soldados, y entonces Probo pidió y obtuvo la aprobacion del senado. El imperio tenia necesidad de un principe valiente para combatir á los bárbaros: los francos, los alemanes y los borgoñones habian penetrado en la Galia y saqueado más de sesenta ciudades. Probo los atacó y rechazó al otro lado del Rhin; pasó en seguida este río y penetró en la Germania, incorporando al ejército romano 6.000 germanos y repoblando las provincias devastadas por las incursiones de los bárbaros con colonos sacados de entre los pueblos vencidos. Cien mil bastarnos fueron trasportados del Asia Menor á la Tracia; los francos y los gepidos se establecieron en las márgenes del Rhin y del Danubio. El general Saturnino se subleva en Asia; pero es derrotado por Probo y muerto por sus propios soldados el año 280. Los usurpadores

Bonoso y Próculo son vencidos por Probo el año 281. El emperador ocupaba á las legiones durante la paz en reedificar las ciudades de la Galia destruidas por los bárbaros, y en desecar las vastas lagunas que habia cerca de Sirmio, en la Pannonia, donde vivia con frecuencia. Murió en un motin promovido por los soldados de la Pannonia.

El ejército dió la diadema al prefecto de la guardia, Caro de Narbona, que nombró césares á sus dos hijos Carino y Numeriano, y compartió el poder con ellos. Caro emprendió una expedicion contra los persas, en la cual murió (283), herido, dicen, en su tienda, por un rayo. Numeriano y Carino tomaron las riendas del gobierno; pero el primero fué muerto por su suegro Aper cuando retiraba su ejército de la Persia (284). Aclamado emperador Diocleciano, se deshizo de Carino por medio del asesinato. Con el advenimiento de Diocleciano al trono, empieza un nuevo período para el imperio romano

### CAPÍTULO XI

Desde Augusto hasta Trajano (desde el año 19 ántes de J. C. hasta el 98 despues de J. C.).— Cambio feliz en la situacion de España.—Mejoras que debió á Augusto.—Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.—Muerte de Augusto.—Tiberio.—Comienza á reinar dulcemente y se convierte en horrible tirano.—Casos de bárbara ferocidad.—Acaba de arrebatarse sus derechos al pueblo romano.—Excesos de sus gobernadores en España.—Son procesados.—Enemiga de Tiberio hácia los españoles.—Sus venganzas.—PASION Y MUERTE DEL SALVADOR DEL MUNDO bajo el reinado de Tiberio.—Caligula.—Instintos sanguinarios, crueldades, locuras y delirios de este emperador.—Claudio.—Su imbecilidad.—Suplicios y ejecuciones.—Españoles de este tiempo distinguidos en ciencias y letras.—Neron.—Sus monstruosidades.—Incendio de Roma.—Conducta de Séneca.—Galba emperador.—Su ingratitud con España.—Othon.—Agrega á España una nueva provincia.—Vitelio.—Su repugnante glotonería.—Su muerte desastrosa.—Dulces reinados de Vespasiano y Tito.—Beneficios que hacen á España y amor que les profesan los españoles.—Destruccion del templo de Jerusalem.—Domiciano.—Su crueldad.—Persecucion contra los cristianos.—Breve y benéfico reinado de Nerva.

Fuese que ejerciera Augusto la autoridad suprema en Roma bajo el nombre de emperador que conservaron sus sucesores, fuese el fundamento principal de su poder el tribunado perpétuo, fuese la reunion de las más altas magistraturas en su persona la que le hiciera árbitro y soberano del Estado; que el gobierno de Roma fuese una monarquía con formas republicanas, ó que fuese una prolongada dictadura; que Augusto disfrazara con más ó menos astucia y disimulo su poder ilimitado y absoluto conservando antiguos nombres, y que el pueblo y senado comprendieran toda la mudanza que bajo cierta apariencia de respeto á los poderes existentes se habia efectuado en el gobierno de la ciudad y de las provincias, y que se sometieran á él, los unos por seduccion, los otros por creer el cambio provechoso, los otros por impotencia de resistir, es lo cierto que los vastos dominios romanos se sujetaron desde Augusto á la autoridad omnipotente de un solo hombre. Nueva era para Roma, que ya se rigió siempre con gobierno imperial.

Subyugada España y sujeta al imperio romano, acostumbrados como estaban los españoles á ver y sufrir el azote y la opresion de aquellos gobernadores rapaces y crueles, tuvieron á dicha el ser gobernados por un hombre, que si bien habia dado el último golpe á su independencia y á su libertad material, mostrábase con ellos no sólo dominador clemente, sino hasta protector generoso. Veíanle amparar á los pueblos contra las vejaciones y rapiñas de los pretores, declarar algunas ciudades exentas de tributos, fundar nuevas colonias, abrir vías de comunicacion, establecer escuelas, y honrar los indígenas, elevando á muchos de ellos á las más altas dignidades, y no es extraño que ellos, que eran duros y tenaces en vengar ultrajes y agravios, y extremados y ardientes en amar á los que les dispensaban favores, se apasionaran de Augusto hasta el punto de erigirle templos y altares. Ó no conocian, ó importábaseles poco aunque lo conocieran, que el proceder de Augusto no fuese hijo de la virtud sino de cálculo; que tu-





viera todas las flaquezas de la humanidad como hombre, si era generoso y humanitario como político; que fuera un usurpador de autoridad en Roma, si era reparador de injurias en España. Nunca los españoles fueron escasos ni en sentir ofensas ni en agradecer beneficios.

Levantaron los sevillanos un monumento á la emperatriz Livia, á quien se llamó *Generatrix orbis*, madre de todos los pueblos. Los de Tarragona erigieron más adelante un templo y un altar á Augusto (1). Sin aprobar la parte de adulación que entraba en la apoteosis, disculpamos el entusiasmo. Mucho más había hecho Roma con César vencedor, y eso que se constituía en árbitro de la república. Al fin los españoles lo hacían en obsequio de quien los redimía de mayor servidumbre.

Vióse, pues, á la sombra del gobierno protector inaugurado por Augusto, desarrollarse en España la agricultura, la industria y el comercio. De las costas del Mediterráneo partían continuamente bajeles españoles para llevar á Roma las producciones de este suelo, así na-

(1) Cuéntase que los tarraconenses enviaron una embajada á Augusto anunciándole que en aquel altar había nacido una palma, y que el emperador contestó con frialdad filosófica: «Eso es prueba de que ofreceis pocos sacrificios.» La anécdota y la expresión son más bellas que exactas, pues según Tácito, los tarraconenses no erigieron el templo á Augusto hasta el reinado de Tiberio. Ann. lib. I.

Refiere también Dion Cassio, y apenas hay historiador que no lo haya reproducido, el caso ocurrido entre Augusto y un español nombrado Caracota ó Corocota, capitán de una cuadrilla de bandoleros, con la cual recorría el país, y aún se atrevía á penetrar en poblaciones considerables. Augusto había pregonado su cabeza. Esto y la viva persecución que sufría, inspiraron al famoso bandido la idea de presentarse en persona al emperador. Solicitó una audiencia: otorgósele Augusto, y después de haber prometido que si le indultaba viviría honradamente el resto de su vida, concluyó reclamando para sí el premio ofrecido al que le presentara vivo ó muerto, puesto que se presentaba él mismo. Concediósele todo Augusto, encantado de la singular franqueza del célebre salteador. Los antiguos historiadores latinos y los modernos historiadores extranjeros se muestran maravillados del carácter, resolución y grandeza de ánimo de aquel hombre. Á los españoles no nos sorprende, porque no son raros en nuestro país los ejemplos de esta índole en ombres que adoptan el género de vida que hacía Caracota, Dion, Cas. I. LVI.

turales como manufacturadas. España surtía á la gran ciudad de aceites, de cereales, de carnes, de telas y de aquellas exquisitas lanas que en tanta estimación tenían y á tan subido precio pagaban los romanos, al decir de Estrabon (1). Este mismo insigne geógrafo nos habla de los medios de comunicación que Augusto había hecho construir en España para facilitar los trasportes de los productos del interior á las embocaduras de los ríos.

Cuando Augusto se vió señor del mundo, queriendo saber cuántos hombres tenía sometidos á su autoridad, mandó hacer un empadronamiento general en todo el imperio. Hacíase esta operación en la Palestina como provincia tributaria de Roma. Entónces fué cuando al ir María, esposa de José, artesano de Galilea, á inscribir su nombre en Belén, nació en un humilde establo el que había de redimir al género humano, el Salvador de los hombres, Jesucristo, hijo de Dios. Cumpliéronse, pues, en el reinado de Augusto César los tiempos anunciados por los profetas, y vino al mundo el gran regenerador de la humanidad, el que la había de colocar en el verdadero camino de la civilización, el que había de darle la verdadera libertad. Sin embargo, este acontecimiento, el mayor que han presenciado los siglos, pasaba en un apartado rincón de la Judea, sin que apenas se apercibieran por entónces los hombres de un suceso que había de cambiar la condición moral del universo. Augusto, que entre otros medios de immortalizarse había discurrido el de dejar consignado su nombre en la cuenta de los tiempos, poniéndole á uno de los meses del calendario romano (2), ni siquiera imaginaba que existía en los dominios de su imperio el hombre cuyo nacimiento había de servir de base á una nueva cronología

(1) Según Estrabon, las lanas de España eran las más apreciadas; se llegó á pagar un talento de oro por un carnero de raza española, y en Roma se daba el nombre de *color spanus* al color negro que distinguía á las lanas de España. Strab. I. III, I. c.

(2) Se mudó el nombre de *Sevtilis* (llamado así hasta entónces por corresponder al sexto mes del año romano), en el de *Augustus* (Agosto), como ántes se había mudado el de *Quintilis* en *Julius* (Julio), en honor de Julio César.



que se habían de ajustar todos los cómputos en lo sucesivo (1).

Aunque no faltaron en los postreros años del reinado de Augusto alteraciones y guerras en diversas provincias del imperio, mantúvose España sosegada y en paz hasta su muerte, acaecida en Nola, ciudad de la Campania, á los sesenta y tres años de su edad, y á los catorce de J. C. Díjose de él que nunca hubiera debido nacer ó que nunca hubiera debido morir. Creemos, sin embargo, que el mundo ganó algo con su vida, y perdió mucho con su muerte.

Sus sucesores parecían como escogidos para acreditar que si Augusto había sido usurpador y tirano, era el ménos perverso de los tiranos y usurpadores. Si es cierto que al designar por sucesor á Tiberio tuvo el pensamiento de que la tiranía de éste hiciera resaltar la moderación suya, logró cumplidamente; pero la posteridad no le perdonaría el haber sacrificado la humanidad á un goce de criminal egoísmo.

Tiberio, el primero de los monstruos que deshonraron el trono imperial, tuvo la habilidad de engañar los primeros años al mundo

(1) Mucho pudiera decirse sobre la variedad que hay entre los cronologistas en lo de ajustar el año del nacimiento de Cristo con el de los períodos y épocas de la creación del mundo, de la fundación de Roma, del reinado de Augusto, de la era vulgar, etc., variando respecto al primero desde el 4000 al 4005, en el segundo desde el 747 al 753 ó 54, en el tercero desde el 39 al 44, en el cuarto desde el 4 al 6, y lo mismo respecto á las Olimpiadas, al período Juliano, y así de los demás. Mas, aunque los más hábiles cronologistas de los últimos siglos hayan casi unánimemente convenido en que la era de que nosotros nos servimos, desde que la adoptó Dionisio el Pequeño y con él la Iglesia latina, es cuatro años posterior al nacimiento del Salvador, de modo que en rigor el año 1850 debería contarse 1854, seguida ya universalmente la era vulgar no es posible separarse de ella, como dicen los autores del «Arte de concordar las fechas.» *L'art de vérifier les dates*, y es la que como ellos seguimos nosotros. No obstante, para poder entender los autores que han seguido otro sistema cronológico y concertarlos entre sí y con los nuestros, pueden consultarse las extensas y curiosas noticias que sobre este importante asunto se encuentran en el prefacio y en la disertación sobre las fechas cronológicas de dicha obra *L'art de vérifier les dates*, así como en la «Clave Historia» de Florez, pág. 16, y en el tomo IV de la «España Sagrada» pág. 494.

que acababa de heredar. Afectando una modestia loable, fingió rehusar el imperio como una carga superior á las fuerzas de un hombre solo, y aunque concluyó por admitirle, fué aparentando hacerlo como con repugnancia y de mal grado. Mostraba gran deferencia y respeto á los cónsules y senadores; erigióse en reformador de las costumbres públicas; manifestábase enemigo de las delaciones, y negábase á castigar las sátiras que contra él se publicaban, diciendo que en un Estado libre debían serlo también el pensamiento y la palabra. Creyéronse sinceras su moderación y su dulzura. Pero luego arrojó la máscara, y el hombre moderado y dulce apareció en toda su desnudez el déspota y el malvado. Horroriza leer en Tácito y en Suetonio el catálogo de asesinatos y de crímenes que en este doble concepto ejecutó, bien por sí, bien sirviéndose del senado como de un fácil instrumento, bien con ayuda de su privado y consejero, el infame Sejano. Su misma madre Livia, á quien debía el trono, no se eximió de probar su ingratitude; y su esposa Julia, la hija de Augusto, vióse reducida á morir de hambre. Extraños y deudos, á todos alcanzaba su crueldad calculada y fría.

Había cierto legatario suyo usado la chanza de decir á un muerto: «Ve á decir á Augusto que aún no se ha ejecutado su última voluntad.» Súpulo Tiberio y mandó degollarle, diciéndole con impasibilidad horrible: «Así podrás llevar tú mismo á Augusto noticias más recientes y exactas.» Tal fué la ferocidad que desplegó, y tal lo que gozaba con los suplicios, que si alguno por sustraerse á ellos se daba á sí mismo la muerte, exclamaba: «Ese se me ha escapado:» así sucedió con Carnucio. El sistema de delaciones que al principio había fingido aborrecer, fué después objeto de premios y recompensas, y le convirtió en medio ordinario de gobierno. Premiados los delatores, pululaban los espías; llovían cada día acusaciones; esclavos, ciudadanos, senadores, todos se daban prisa á denunciar á otros, como único medio de libertarse á sí propios. Nadie se atrevía á hablar, pero el silencio mismo se representaba como sospechoso; no era lícito





ni alegrarse ni entristecerse, porque la alegría era tomada como la esperanza de alteraciones que se fraguaban en el Estado; la tristeza se traducía por descontento del emperador. Se suprimió hasta la libertad de pensar, se condenaba por supuestas intenciones, y se prohibía lamentar la suerte de las víctimas. ¡Desgraciado el que dijera una palabra en elogio de Augusto! Elogiar á Augusto era despreñar á Tiberio, y se castigaba como crimen de Estado. Una expresión, un gesto, un signo bastaba para condenar á muerte un hombre.

Con pretexto de lamentar que el pueblo abandonara sus ocupaciones para asistir á los comicios, le arrancó el derecho de elegir sus magistrados y de sancionar las leyes, y transmitió estas prerogativas al senado, de quien disponía á su antojo, hasta el punto de disgustarle ya tanta humillación y tanta baja como veía en los senadores. Así acabó la intervención del pueblo en los negocios de la república, ó por mejor decir, la república dejó de existir definitivamente. Había hecho Augusto una ley estableciendo penas contra los que ofendieran la majestad del pueblo romano. Tiberio aplicó esta ley á los que le ofendían á él como representante del pueblo, y tomó de ella ocasión para consumir mil asesinatos legales. En verdad el pueblo moralmente no existía, y Tiberio fué el primero que se atrevió á decir sin rebozo: «El Estado soy yo.» expresión que, reproducida siglos adelante en boca de un esclarecido monarca, adquirió una celebridad histórica que aun dura en nuestros días. ¡Y sin embargo, humeaba el incienso en los altares de la corrompida y degenerada Roma en honor de Tiberio!

Natural era que los prefectos y delegados de las provincias fueran dignos mandatarios de tal emperador. Condujéronse como tales en la Península Vivio Sereno y Lucio Pison, el primero en la Bética, en la Tarraconense el segundo. España demostró todavía, que aunque oprimida y sujeta, no toleraba ni las depredaciones ni el despotismo, y se insurreccionó en gran parte contra los dos prefectos. Los españoles, con más dignidad que los romanos, no depusieron las armas hasta que el senado de-

cretó la separación de Vivio y prometió hacerles justicia. Puede juzgarse cuáles y cuántas serían las demasías y excesos de aquel pretor, cuando el senado, tal como era ya entonces, oídas las querellas y acusaciones que le elevaban los de la Bética, no pudo dejar de desterrar á Vivio á una de las islas del Mar Egeo. No era ménos culpable Lucio Pison, pero siendo provincia imperial la Tarraconense, no quiso Tiberio castigar al prevaricador, ántes bien le mantuvo en su empleo. Semejante impunidad irritó de tal manera á un labrador de Térmes, que haciéndose intérprete de la indignación de sus compatriotas, acometió un día al prefecto y le dió muerte por su mano. Preso aquel español y puesto á tormento para que declarara sus cómplices, respondió con admirable firmeza que su único cómplice era la abominable conducta de Pison. Cuando le llevaban al suplicio, se desasíó de repente de sus conductores y se estrelló de propósito la cabeza contra una piedra (1).

Aunque aislado el hecho de este vengador rústico, fué bastante para que deduciendo el emperador la antipatía con que se miraba en España á sus prefectos, hiciera sentir su tiranía y descargara el peso de su ira sobre las cabezas de los españoles más ilustres. Entre ellos fué víctima de su saña Sexto Mário, avecindado en Roma, hombre de gran fortuna, y en cuya hija, notable por su hermosura, había puesto Tiberio sus torpes y lascivos ojos, como quería poner su avara mano en la caja de las riquezas del padre. No viendo medio de lograr ni lo uno ni lo otro, hizo que se acusara al padre del delito de incesto con su hija. Nada más fácil al emperador que probar todo lo que se proponía. Ambos fueron arrojados desde lo alto de la roca Tarpeya, y Tiberio se apoderó inmediatamente de todo el oro de aquel desgraciado (2).

Era menester que bajo el imperio de este tirano se cometiera el mayor desafuero, y la más negra ingratitud que ha manchado las páginas de la historia de la humanidad. Era menester

(1) Tác., Ann. l. IV., c. 11.

(2) Ib., libro VI.



que el que había venido á salvar á los hombres y á predicar una religión de caridad, fuera sacrificado por el que ejercía la autoridad en nombre de Tiberio en el pueblo escogido por Dios. En el año 19 del reinado de Tiberio se verificó el gran suceso de la muerte y pasión de nuestro redentor Jesucristo (33). «Del pié de la cruz en que fué clavado por la ingratitud y ceguera de los hombres partieron doce nuevos legisladores, pobres, humildes y desnudos, á predicar por el mundo la doctrina de la salud, y á derramar por las naciones las semillas de la verdadera civilización que había de cambiar la faz del universo» (1).

Cuatro años más tarde (37) acabó Tiberio la vida de desórdenes con que había escandalizado al mundo.

¡Pluquiera á los dioses que el pueblo romano tuviera una sola cabeza para derribarla de un solo tajo! Esto decía en una ocasión el sucesor de Tiberio, Cayo Calígula, llamado así de cierto calzado militar (*caliga*) que usaba. Bastaría esta brutal expresión para calcular la bárbara ferocidad del nuevo emperador romano. Propio era esto de quien cerraba los graneros públicos por el placer de ver al pueblo morir de hambre; de quien decía á la mujer que amaba: «Me parece muy hermosa tu cabeza, y sobre todo cuando pienso que á la más leve indicación mía la podría hacer rodar á mis piés.» Instintos tan sanguinarios y feroces sólo pueden explicarse por el estado de desarreglo y de delirio en que debía encontrarse su cerebro; y si de estar desjuiciado no hubiera dado mil pruebas, con todo género de extravagancias, sobrára la ridícula insensatez de hacer para su caballo cuadras de mármol, pesebres de marfil, roncales de perlas y mantas de púrpura; de darle á comer avena dorada, de ponerle á su mesa, de incorporarle en el colegio de sus sacerdotes, y de designarle para cónsul. Y los envilecidos romanos obedecían á este loco! Un español llamado Emilio Régulo quiso librar á la tierra de este monstruo imperial, pero descubierta la conspiración, fué Régulo condenado á muerte. Al fin la espada de Casio Chereás, tri-

(1) Chateaub., *Etud. Historiq.*

buno de los pretorianos, ejecutó lo que aquél no había podido conseguir (41).

Pero al desjuiciado Calígula sucedió el imbecil Claudio su tío, el digno esposo de la célebre prostituta Mesalina, cuyas obscenidades y desarreglos no abochornaban á Roma que las presenciaba, y ruborizan á la posteridad que las recuerda. Comprenderíamos que Roma hubiera sufrido la imbecilidad de Claudio, si hubiera sido una imbecilidad inofensiva; que hubiera tolerado el destierro de Séneca de parte de quien tenía pretensiones de pasar por sabio, cuando su misma madre para calificar á un hombre de necio, solía decir: «Es bestia como mi hijo Claudio;» que se burlaran de él los tribunales á que tenía la manía de asistir; pero no se comprende que se sufriera á un imbecil que llevaba al suplicio á treinta y cinco senadores, á trescientos caballeros romanos, y á gran número de mujeres de las principales familias, y que por no tomarse el trabajo de pronunciar una sentencia indicaba con un gesto su voluntad de que un hombre fuera degollado. Y sin embargo, á este hombre no sólo le obedecía la ciudad del Capitolio, sino que se denunciaba y castigaba á los que ofendieran su majestad, habiendo llegado á ser en su tiempo el oficio de denunciador, uno de los más lucrativos. Y lo que es más, seducidos los españoles por una ley de Claudio, en que se mandaba que los gobernadores de provincias hubieran de pasar un año en Roma ántes de poder ser reelegidos, á fin de que los pueblos tuvieran tiempo para exponer las quejas á que hubieran dado lugar, por más que esta ley quedara sin ejecución como tantas otras, tuvieron la debilidad de levantarle estatuas; que así iba contagiando á España el espíritu servil y adulador de los romanos.

Por fortuna no era esto sólo lo que tomaban de sus dominadores. Las semillas literarias que Augusto había sembrado en España no habían caído en tierra estéril, y producían ya sus frutos. Florecían unos y comenzaban á distinguirse otros españoles, como oradores, como filósofos, como poetas y como hombres científicos. Séneca, Sextilio Ena, Marco Porcio Laron, Moderato Columela, Pomponio Mela, Tu-





ranio Gracil y otros españoles, de cuyos escritos nos ocuparemos más adelante, brillaban en Roma precisamente cuando las ciencias y la literatura latina habían venido á precipitada decadencia como las costumbres. Aunque algunos de ellos no dejaron de participar de la baja adulacion que entónces parecia estar en boga, no por eso se libraron de la persecucion de unos emperadores que tenían la insensata presuncion de pasar por sabios, y no sufrían á los que lo eran más que ellos.

Murió Claudio (54), envenenado, á lo que se cree, por su segunda mujer Agripina, y le sucedió Neron, cuyo nombre parece haber alcanzado el privilegio de servir para designar á los hombres tiranos y feroces. Comenzó no obstante á gobernar con dulzura como Tiberio, declarando que se proponía seguir las huellas del divino Augusto. Y las siguió en un principio. Al oírle decir cuando tuvo que firmar la primera sentencia de muerte: «Quisiera no saber escribir,» ¿quién no le tendría por clemente? Cuando al decretarle el senado estatuas de oro y plata, dijo: «Que aguarden á que las merezca,» ¿quién no elogiaba su modestia? Eran entónces sus maestros Afranio Burrho, jefe del pretorio, y el español Anneo Séneca, el filósofo, aquél en lo relativo al arte militar, y éste en la moral y elocuencia. Había querido Agripina, madre de Neron, aprovechándose de la corta edad de su hijo, gobernar á su arbitrio el imperio; Séneca cortó el pernicioso influjo de aquella mujer ambiciosa, de que murmuraba ya y se quejaba el pueblo (1). ¿Por qué no empleó la misma energía con su augusto discípulo cuando le veía despues despeñarse por la senda de los crímenes? Pero el moralista que encontró medio de evitar un incesto entre el imperial alumno y su impúdica madre, no le halló para impedir que el emperador expidiera sicarios para que matasen á aquella misma madre, y que les dijera: «Abrid aquel vientre que ha llevado á Neron,» y que se recreara despues en examinar su cadáver y en analizar sus formas; ántes escribió al senado justificando en lo posible el bárbaro parricidio.

(1) Dión, Cas., lib. LXI.

Había alcanzado á Séneca el contagio de la corrupcion, y sus obras no iban en consonancia con sus escritos. Escribía contra la lisonja, y adulaba al hombre más perverso; declamaba contra la avaricia, y ejercía la usura; acriminaba el lujo, y poseía quinientas mesas de limonero con piés de marfil que valían una fortuna. Si no pudo apartar á Neron del camino del crimen, fué por lo ménos débil en no abandonarle cuando le vió encenagado en los vicios. Triste recompensa recibió el filósofo estóico del hombre á quien había lisonjeado. Cansado de él el emperador, le condenó á muerte, suponiéndole cómplice en la conjuracion de Pison; dióle á escoger el género de muerte que más gustase: Séneca se abrió las venas, y acabó con la entereza del estoicismo una vida sobre la que pesaban flaquezas indisculpables. Aconteció otro tanto con el poeta Lucano, su sobrino, y con Junio Gallion, su hermano. Familia española tan desgraciada como ilustre.

Por estragadas que estuvieran las costumbres en la corrompida Roma, podría, si se quiere, mirarse sin indignacion el desenfreno de las pasiones personales de los emperadores, en que sus mismos súbditos se apresuraban á imitarlos, así como ciertos caprichos pueriles, hijos, ó de la estupidez ó de la presuncion. Pero el placer feroz que Neron quiso darse de poner fuego á la ciudad eterna, de ver cómo se abrasaban sus cuarteles, de gozar en el incendio, y de cantar al són de la cítara la destruccion de Troya á la luz de las llamas, no era posible que dejara de indignar á los romanos por prostituidos que estuviesen.

De España partió el golpe que había de libertar al mundo de aquel odioso incendiario.

Hallábase de pretor en la Tarraconense Servio Sulpicio Galba, donde se había hecho querer de los naturales por la severidad con que castigaba á los que empleaban malos medios para enriquecerse; había mandado crucificar á un tutor que envenenó á su pupilo para apoderarse de su hacienda; á un administrador á quien se probó falta de pureza en el manejo de los caudales, mandó cortarle las manos y clavarlas en la mesa; terrible rigidez, pero acaso necesaria en el estado á que había llegado la